

presente, que á la invocacion de este divino Nombre, como dice el Apóstol, todas las criaturas deben hincar la rodilla, y que no se puede pronunciar con el debido respeto, á menos que sea por un movimiento particular del Espíritu Santo.

2 Haz todos los dias á mañines conmemoracion del dulce nombre de Jesus, y ten una gran confianza en este suavísimo nombre. Hazte á la piadosa costumbre de invocarle muchas veces en vida, para que le pronuncies con confianza á la hora de la muerte. Aquella breve oracion que hizo el ciego de Jericó, debe ser familiar á todo cristiano en todos los peligros, en las diferentes necesidades de la vida, y sobre todo cuando urgen las tentaciones: *Jesu, Fili David, miserere mei*: Jesus, hijo de David, ten misericordia de mí; ó la jaculatoria de S. Agustín: *Jesu, esto mihi Jesus, et salva me*. Jesus, sed para mí Jesus, salvadme. S. Pablo tenia tanta devocion con este santo nombre, que se ven llenas de él todas sus Epistolas. S. Ignacio mártir, discípulo de S. Juan, le tenia continuamente en la boca. S. Bernardino le llevaba siempre grabado en una tabla. S. Francisco de Sales daba principio á todas sus cartas, con estas palabras: *Viva Jesus*; este era su favorecido nombre, y á cada paso le repetia en todas sus conversaciones. Muchas personas devotas añaden al santo nombre de Jesus el dulce nombre de María. Quien se acostumbra á pronunciarlos en vida, los invocará con mayor facilidad, y con mayor confianza en la hora de la muerte. Tambien es una devocion muy loable invocar este santo nombre al tiempo de despertar por la mañana, antes de dormirse por la noche, y en otros accidentes repentinos que suceden. Algunos grandes Santos le pronunciaban luego que oian tronar. En todo y por todo nuestra confianza debe estar colocada en el dulcísimo nombre de JESUS.

DIA XV.

MARTIROLOGIO.

SAN PABLO, primer ermitaño, que fué trasladado al cielo entre coros de Bienaventurados el dia 10 de enero. (*Véase su vida en las de este dia.*)

SAN MAURO, abad, en territorio de Anjou, discípulo de S. Benito, cuya doctrina aprendió desde niño: cuanto aprovechó en ella lo manifestó, entre otras maravillas, el andar á pié enjuto por el agua; prodigio nuevo, y no usado despues de S. Pedro: habiendo ido despues á Francia por disposicion de su maestro, edificó un suntuoso monasterio.

del cual fué abad cuarenta años. Esclarecido en milagros murió santamente. (*Véase su vida en las de este día.*)

LOS SANTOS PROFETAS HABACUC Y MICHEAS, en Judea, cuyos cuerpos fueron hallados por revelacion divina en tiempo de Teodosio el mayor.

SANTA SECUNDINA, virgen y mártir, en Agnani, la cual padeció el martirio siendo emperador Decio.

SAN EFISIO, mártir, en Caller de Cerdeña, el cual por un efecto del poder divino superó crueles tormentos en la persecucion de Diocleciano por orden del juez Flaviano; y últimamente habiéndole degollado voló victorioso al cielo.

SAN MÁXIMO, obispo, en Nola de Campania.

SAN BENITO, obispo y confesor, en Claramonte de Francia.

SAN MACARIO, abad, en Egipto, discípulo de S. Antonio, bien conocido por la santidad de su vida y grandeza de sus milagros. (*Véase su vida en las de este día.*)

SAN ISIDORO, igualmente esclarecido en santidad de vida, en fe y en milagros. (Fué presbítero de Sceta, y ermitaño en aquel vasto desierto, se aventajó hasta un grado sin igual en mansedumbre, oracion, mortificacion y continencia. Murió este Santo poco antes del año 391.)

SAN JUAN, el de la Chozza, en Roma, que vivió un poco de tiempo escondido en un rincón de la casa de sus padres, y despues en una choza de la isla del Tiber, sin ser de sus padres conocido hasta su muerte: esclarecido en milagros fué sepultado en donde se edificó despues una iglesia en su honor.

SAN PABLO, PRIMER ERMITAÑO.

SAN Pablo, á quien venera la Iglesia como á modelo de la vida solitaria, por ser el primer ermitaño de quien habla la historia, nació en la inferior Tebaida hácia el año de 228.

Sus padres, que por sus grandes conveniencias podian no perdonar gasto alguno para la buena educacion de su hijo, le aplicaron con el mayor desvelo al estudio de las bellas letras; y nada omitieron de cuanto podia contribuir al cultivo de su excelente indole y talentos. La vivacidad y la penetracion de su genio le facilitaron hacer en poco tiempo maravillosos progresos. Instruyóse en las lenguas griega y egipcia; pero cuanto mas adelante caminaba el santo manebó en las ciencias humanas, mas le iluminaba el Espíritu Santo en los conocimientos divinos, y mayor penetracion lograba en los misterios de la religion. Desde edad de catorce años era todo su estudio en la doctrina de Jesucristo, y no tomaba gusto en otra ciencia, que en la que enseña el camino de la salvacion eterna. A los quince quedó huérfano de pa-



S. PABLO PRIMER ERMITAÑO.

dre y madre; y como solo tenia una hermana que ya estaba casada, le dejaron heredero de todos sus bienes.

Estaba Pablo muy convencido de la nada de todos los bienes de la tierra, y le sobraba mucho desengaño para que le debiesen el menor apego los que poseia. Ofrecióle bella ocasion de dar una gran prueba de este desasimiento la cruel persecucion que el emperador Decio escitó por aquel tiempo contra los cristianos.

Los horribles estragos que esta violenta tempestad hacia en Egipto y en la Tebaida, pusieron en precision á muchos fieles de refugiarse á los desiertos, hasta que se pasase la tormenta. Nuestro Santo se retiró á una casa de campo muy apartada, donde comenzó á gustar las dulzuras de la soledad, y aquel placer que experimenta el alma en el retiro, cuando se ocupa únicamente en su Dios.

Hallándose con tan buenas disposiciones, tuvo noticia de que su cuñado maquinaba delatarle á los tiranos, por la codicia de aprovecharse de sus bienes. Resolvió prevenir una determinacion tan bárbara; y abandonándolo todo, se retiró á unas montañas incultas, y muy distantes, siendo de edad de veinte y dos años.

Su primer ánimo fué solo hacer tiempo en aquel sitio á que pasase la tempestad de la persecucion; pero eran muy diferentes los designios de la divina Providencia. Aquel Señor, que le habia destinado para abrir á tantas almas grandes un nuevo camino de perfeccion, le infundió tan ardiente deseo de sepultarse para siempre en aquella espantosa soledad, y de ocuparse únicamente en la contemplacion de las verdades eternas, que desde luego formó la heroica resolucion de pasar en ella todos los dias de su vida.

Lleno de una generosa confianza en la bondad del mismo Señor, por cuyo amor lo habia dejado todo, comenzó á penetrar poco á poco por aquel vasto desierto, venciendo el espanto, y el natural sobresalto que á los principios le causaba la vista de tantas especies de brutos, y de fieras.

Así marchaba como á la ventura, y sin objeto, volviendo los ojos hácia todas partes, cuando al pié de una montaña advirtió una cueva, cuya entrada estaba cerrada con una piedra. Picóle la curiosidad de ver lo que habia dentro, y separando la piedra, halló una especie de salon, á quien servian como de techo las dilatadas y entretrejidas ramas de una antigua palma, á cuyo pié brotaba una hermosa fuente de agua muy cristalina, que formando un apacible arroyuelo, á pocos pasos se perdia en la misma tierra. Descubriense bastantes señales de que en la parte

exterior de la montaña habian habitado antiguamente algunos ocultos fabricantes de moneda, porque se veian todavia algunas chozas con yunques, martillos, moldes y cuños, lo que daba á entender, que debió ser aquella alguna fabrica de moneda falsa, en tiempo de Marco Antonio, y de la reina Cleopatra.

Cuando se vió Pablo en lugar tan retirado de todo humano comercio, se sintió mucho mas encendido en el amor á la soledad; y mirando aquella cueva como habitacion que le tenia destinada la divina Providencia, se determinó á sepultarse en ella para todos los dias de su vida.

Desde aquel punto no tuvo otra ocupacion que dedicarse á la contemplacion de las grandezas divinas, y de las verdades eternas, gastando en oracion los dias y las noches. La palma de la gruta con sus hojas, y con sus dátiles, le daba con que cubrirse, y con que alimentarse hasta los cincuenta y tres años de su edad. Desde allí adelante, queriendo Dios dar á entender el especial cuidado que tiene su amorosa providencia de los que por su amor lo dejan todo, dispuso que un cuervo le trajese cada dia medio pan, como al santo Profeta Elías: milagro que se continuó hasta el dia de su muerte.

Hallábase Pablo en los ciento y trece años de su edad, habiendo pasado noventa en aquel género de vida, cuando queriendo el Señor descubrir á todo el mundo cristiano aquel tesoro escondido, permitió que S. Antonio, que á la sazón tenia noventa años, y habia muchos que vivia en otro desierto, le asaltase el vano deseo de saber si habia en aquellos desiertos otro solitario que hubiese vivido en ellos por tanto tiempo, y que profesase una vida tan perfecta como la suya. La noche siguiente tuvo un sueño, en que Dios le dió á entender que con efecto habia en aquellas soledades un ermitaño mas antiguo, y mas santo que él.

Apenas amaneció el otro dia, cuando Antonio se puso en camino, sin que le embarazase el peso de los años; y entregándose á la direccion de la divina Providencia, anduvo sin cesar, y sin saber á donde iba. Hácia el mediodia se encontró con una especie de monstruo, que al principio le causó algun miedo, porque tenia la figura como de hombre y de caballo. Pero poniendo toda la confianza en Dios, y hecha la señal de la cruz, preguntó al monstruo con intrepidez, si sabia donde habitaba el siervo de Dios. S. Jerónimo, que refiere este hecho, dice, que habiéndole mostrado el lugar aquel animal con su mano derecha, el bruto se entró corriendo por la aspereza, y Antonio prosiguió su camino. A la mañana del dia siguiente encontró otros mu-

chos monstruos de figuras horribles y espantosas, que quizá serian espectros ó ilusiones, con que el demonio pretendiera atormentarle para hacerle volver atrás; pero el Santo sin hacer caso, caminó adelante.

En fin, despues de haber pasado toda la noche en oracion, apenas amaneció el tercero dia, cuando vió una loba al pié de la montaña, que bajaba á beber al arroyo. Siguióla, y llegó á la cueva; entró en ella, no obstante su oscuridad, y mirando hácia todas partes, descubrió una luz á corta distancia: aceleró el paso, y al ruido que hizo en el cascajo, acudió Pablo á cerrar la puerta con el pasador. Corrió Antonio, y hallándose como burlado se postró al umbral de la puerta, conjurando al siervo de Dios con ruegos y con lágrimas que le abriese. Bien sabes, le decia, quien soy yo: no ignoras el principal motivo de mi viaje: ya sé que no soy digno de verte, pero estoy resuelto á no apartarme de aquí sin haberte visto. A tu puerta moriré, y á lo menos tendrás el trabajo de enterrar mi cuerpo muerto.

Al oír estas palabras, se enterneció Pablo, y abriendo la puerta, le dijo sonriéndose: ¿Quién pide gracias con amenazas? Y si bienes á morir aquí, ¿de qué te espantas que no quiera abrirte? Y abrazándose los dos con gran ternura, se saludaron por sus nombres. Despues de rendir gracias á Dios, y de haber hecho oración, se sentaron; y volviéndose Pablo á Antonio, le dijo: ¿Ves aquí al que has buscado con tanto trabajo? no ves mas que un cuerpo consumido con la vejez, que en breve se convertirá en polvo. Pero dime: ¿qué es lo que pasa en el mundo? ¿Se fabrican todavía casas nuevas y suntuosos palacios en las ciudades antiguas? ¿Quién reina en la tierra? ¿Hay todavía hombres insensatos y ciegos, que adoren los demonios, y vivan en las tinieblas de la idolatría?

Respondió Antonio á todas estas preguntas; y estando los dos Santos entretenidos en dulce conversacion, vieron venir al cuervo con un pan en el pico, y volando blandamente, le puso entre los dos. Admirado de la bondad del Señor, le dijo S. Pablo: Sesenta años ha que este cuervo me trae cada dia medio pan; pero hoy Jesucristo, por tu respeto, y para que comamos los dos, ha doblado la racion. Dieron gracias á Dios, y hecha oracion, se sentaron á comer junto á la fuente.

El dia siguiente, luego que amaneció, dijo Pablo á S. Antonio, que ya se acercaba su muerte, y que Dios le habia enviado para que diese sepultura á su cuerpo. Al oír Antonio estas palabras, comenzó á deshacerse en lágrimas, y pidió á Pablo que á lo menos le alcanzase de Dios la gracia de que muriese con él.

No debes anteponer tu conveniencia á la gloria de Dios, respondió Pablo; y tus discípulos todavía tienen necesidad de tus ejemplos. Pero yo tengo una gracia que pedirte, y es que vayas, y me traigas el manto del obispo Atanasio, para amortajar con él mi cuerpo muerto. S. Jerónimo dice que este solo fué un cariñoso pretesto para que Antonio se ausentase, y no padeciese el dolor de verle morir; si ya no fué quererle significar, que deseaba morir en la fe, y en la comunión de S. Atanasio.

Admirado Antonio de oírle hablar del manto de Atanasio, no se atrevió á replicarle, y besándole dulcemente los ojos y las manos que regó con sus lágrimas, se puso luego en camino, y al cabo de dos dias llegó desalentado á su monasterio.

Preguntáronle dos de sus discípulos donde habia estado tanto tiempo; y Antonio exclamó: ¡Pobre de mí! que soy indigno del nombre de solitario. Vi á Elias, vi á Juan en el desierto, y he visto á Pablo en el Paraíso. Y sin hablarles mas palabra, tomó el manto de Atanasio, y volviéndose á poner en camino, comenzó á andar con grande priesa, sin detenerse un momento.

El dia siguiente por la mañana apenas habia caminado como tres horas, cuando vió subir al cielo el alma de Pablo toda llena de resplandor en medio de los Angeles, de los Apóstoles y de los Profetas. Enternecióle sobremanera esta vision, y deshaciéndose en lágrimas, postrado el semblante contra la tierra, comenzó á gritar: Amado padre mio, ¿por qué me has dejado así? ¿Es posible que tan tarde te conocí, para perderte tan presto? Levantándose despues con nuevo aliento, prosiguió su camino: llegó á la cueva, entró en ella, y encontró el cuerpo de Pablo arrodillado, la cabeza erguida, y las manos levantadas al cielo. Al principio creyó que estaba vivo, y que estaba en oracion; pero como no le oyese suspirar, segun lo tenia de costumbre, corrió para abrazarle, y halló que estaba muerto. Entonces regándole con sus lágrimas, amortajó el santo cuerpo con el manto; sacóle fuera de la cueva, y comenzó á cantar los himnos, y los salmos que acostumbra la santa Iglesia.

Estaba muy afligido sin saber como habia de cavar la tierra para darle sepultura, cuando vió venir hácia sí dos leones, que salian de lo interior del desierto. Tuvo miedo al principio; pero animóse despues con la confianza en Dios. Llegaron los leones donde estaba el santo cuerpo: postráronse á sus pies, y dando rugidos lastimeros, comenzaron á abrir la tierra con las garras y las uñas. Cuando hicieron una hoya competente, se acercaron á S. Antonio, y le halagaron blandamente como si le pidiesen su bendición. Levantó el Santo los ojos al cielo, y dijo: Señor, dad

á estos animales lo que les conviene; y haciéndoles señal con la mano para que se fuesen, los despidió. Enterró despues el santo cuerpo, y heredó la túnica de Pablo, que él mismo habia tejido de las hojas de la palma, la cual, vuelto al monasterio, vistió despues toda la vida en los dias más solemnes.

Dicen algunos que S. Antonio edificó un monasterio, y una iglesia en el mismo lugar en que habia enterrado á S. Pablo. El emperador Comneno hizo trasladar sus reliquias á Constantino-
pla. Cuando los latinos se apoderaron de esta ciudad, el cuerpo de S. Pablo fué trasportado á Venecia el año de 1240, y el de 1381 Luis I, rey de Ungría le obtuvo del Senado, y le hizo trasladar con grande solemnidad á Buda, donde le colocó en la iglesia de S. Lorenzo. Venérase en Roma la cabeza de S. Pablo, y en el monasterio de Cluny algunas de sus reliquias.

SAN MAURO, ABAD.

ENTRE varios nobles que colocaron sus hijos bajo la direccion de S. Benito, para que fuesen educados en piedad y doctrina, Equicio, que era uno de ellos, dejó con él á su hijo Mauro, entonces de solos doce años de edad, en el de 522. Este jóven aventajaba á todos los monges en el desempeño de las obligaciones monásticas, y luego que creció en edad le hizo S. Benito su coadjutor en el gobiérno de Sublaco. Mauro por su sencillez de corazon, y humildad profunda era el modelo de perfeccion de todos los demás hermanos, y fué favorecido de Dios con el don de hacer milagros. Yendo un dia S. Plácido monge, hijo del senador Tertulio, á sacar agua, cayó dentro de la laguna, y fué á parar á bastante distancia de la orilla. Vió esto en espíritu en su celda S. Benito, y le mandó á Mauro que fuese, y le sacase. Obedeció el Santo, marchó por cima de las aguas sin percibirse, y cogiéndolo del rostro le sacó, sin haberse hundido en las ondas uno ni otro. Atribuia él este milagro á las oraciones de S. Benito; y este Santo Abad á la obediencia de su discípulo. Poco despues de haberse retirado el Santo Patriarca á Cassino, llamó á S. Mauro á aquel lugar en el año de 528. Así S. Gregorio, (*Dial. l. 2. c. 3. 4. 6.*)

Yéndose S. Mauro á Francia en el año de 543 fundó con la liberalidad del rey Teodeberto la grande abadía de Glanfevil, llamada ahora de S. Mauro-sur-Loire, que gobernó muchos años. En el de 581 renunció la abadía en Bertulfo, y pasó el resto de su vida en la clausura de una soledad, y en continua contemplacion de las cosas celestiales, para prepararse á pasar á la eter-



S. MAURO ABAD.

nidad. Empleados así dos años cayó malo al cabo de ellos de una fiebre, acompañada de dolor de costado, recibió los Sacramentos de la Iglesia, echado sobre un saco de cilicio ante el altar de S. Martin, y en la misma postura espiró en el día 15 de enero del año de 584.

Al lado derecho del altar en la misma iglesia fué enterrado, y en un rollo de pergamino que se le puso en su tumba escrito este epitafio: *Mauro, monge y diácono, que vino á Francia en los dias del Rey Teodeberto, y murió diez y ocho dias antes del mes de febrero.* De S. Mauro se hace mencion en la letania francesa antigua compuesta por Alcuino, y en los martirologios de Floro, Usuardo y otros. Los antiguos Ingleses tuvieron en gran veneracion á S. Mauro en tiempo de los reyes normandos; y la noble familia de Seimour (de la francesa de S. Mauro) derivada de él su nombre, como observa Camden en sus *Remains*. Por miedo de los Normandos fué trasladado su cuerpo en el siglo ix á varios lugares; últimamente en el año de 868 á S. Pedro Des-Fosses, entonces abadía benedictina cerca de París, donde fué recibido con gran solemnidad por Eneas obispo de París. Aun existe una historia sobre esta traslacion escrita por Odon, abad en aquel tiempo de la abadía de S. Pedro Des-Fosses. Esta fué fundada por Blidegisilo, diácono de la iglesia de París, en tiempo de Clodoveo II y de Audeberto, obispo de ella: S. Babolen fué su primer abad: y este monasterio reformado por San Mayeul, abad de Cluny, en el año de 988. La abadía de Glandfevil, llamada ahora de S. Mauro-sur-Loire, estuvo sujeta á esta Des-Fosses desde el reinado de Carlos el Calvo hasta los años de 1096, en que Urbano II á solicitud del conde de Anjou la restituyó á su primitiva independenciam. En 1333 fué secularizada la iglesia de S. Pedro Des-Fosses, y hecha colegiata por Clemente VII á solicitud de Francisco I y el deanato anejo al obispado de París; pero la iglesia, y el lugar han conservado muchos siglos el nombre de S. Mauro. Los canónigos fueron removidos á S. Luis (antiguamente Sto. Tomás Cantuariense) en el Louvre en París, en el año de 1750. En el mismo año fueron trasladadas las reliquias de S. Mauro á S. German des-Prez, donde se conservan en una rica urna. Un brazo del mismo Santo fué trasladado con gran devocion al Monte Cassino en el siglo xi; y con solo su contacto fué libertado de su pena un energúmeno, como se refiere por Desiderio, abad entonces del Monte Cassino, que fué despues pontifice con el nombre de Victor III. Véase á Mabillon (*Annal. Benedict. t. 1. l. 3 y 4.*) La historia genuina de la traslacion de sus reliquias bajo el fingi-

do nombre de Fausto, se ha demostrado por Cointe y otros, ser notoriamente apócrifa, así como varios instrumentos relativos á la misma.

SAN MACARIO, ABAD.

ESTE S. Macario fué discípulo de S. Antonio, y compañero del otro egipcio; aunque fué mas mozo que él, y tan perfecto, que S. Antonio le dijo, que el Espíritu Santo habia reposado sobre él, y que él seria heredero de sus virtudes. Iban una vez los dos Macarios juntos, y habiendo de pasar el rio Nilo, entraron en un barco, en quien iban dos soldados maestros de campo, con gran pompa y acompañamiento: y como vieron á los dos Macarios apartados al rincón del barco, y tan pobres y humildes, dijo el uno de los maestros de campo: Bienaventurados vosotros, que así os burlais del mundo. Entonces respondió Macario: Nosotros nos burlamos del mundo, y el mundo se burla de vosotros. Penetraron estas palabras el corazón de aquel soldado, de manera, que dejó las cosas de la tierra, y dando grandes limosnas á los pobres, se recogió á la soledad.

Enviaron una vez á S. Macario unas uvas muy frescas y sabrosas: tuvo gana de comer de ellas; pero para vencer aquel gusto y apetito, no las quiso tocar, antes las envió á otro monge achacoso; y que deseaba comer uvas: recibiólas con agradecimiento el monge, y por mortificarse no las comió, sino enviolas á otro monge; y en suma las uvas anduvieron de mano en mano por todos los monges, y volvieron á S. Macario, sin que ninguno comiese de ellas, ni las tocase: y cuando el Santo lo supo, conoció la virtud y templanza de aquellos santos varones, y por ella hizo gracias al Señor, y no quiso gustar de ellas, aunque se las habian enviado dos veces, por dar ejemplo á los demás. Supo que los monges Tabemesioras no comian en toda la cuaresma cosa que hubiese llegado al fuego; y él determinó por espacio de siete años hacer lo mismo, y lo guardó tan perfectamente, que en todo aquel tiempo no comió sino unas yerbas crudas, ó legumbres mojadas en agua; y para vencer el sueño, estuvo veinte dias, y veinte noches, sin entrar debajo de tejado. Tentóle una vez gravemente el espíritu de fornicación, y para vencerlo se sentó desnudo en carnes en un lugar donde habia innumerables y molestos mosquitos, tan grandes como abejas, y con agujones tan agudos y penetrantes, que pasaban el cuero de un jabali. En este lugar estuvo seis meses, venciendo los estímulos de la carne con los agujones de los

mosquitos, y sacando un clavo con otro clavo, como dicen, quedó tan lastimado y llagado, que parecia un leproso. Otra vez caminó veinte dias por un desierto, sin comer bocado; y estando fatigado y desmayado, le proveyó el Señor con una vaca, con cuya leche se refociló y alentó, para seguir su camino, y la misma vaca le siguió hasta su celda, dándole la leche que habia menester. Cavando un pozo, le mordió un áspid, que es serpiente muy venenosa. Tomó el áspid con las dos manos, é hizole pedazos, diciendo: ¿No habiéndote enviado mi Dios, como te atrevistes á llegarte á mí?

Siendo ya viejo, se fué disimulado al convento de S. Pacomio, en el cual vivian mil y cuatrocientos monges: pidió con mucha instancia y humildad á S. Pacomio, que le recibiese en aquella santa casa por monge: entretúvole siete dias el abad sin recibirle, alegando, que siendo ya tan viejo, no podria llevar el trabajo, que llevaban los mozos. Finalmente le recibió, y fué tal la vida de Macario, que espantó á todos los monges, pareciéndoles que era mas que hombre, y no compuesto de hueso y carne como los demás: y rogaron al abad que le echase del convento; porque no podian sufrir tanta perfeccion. Suplicó Pacomio á nuestro Señor que le revelase quien era aquel monge; y él le descubrió que era Macario, y tomándolo aparte y abrazándole, y diciéndole que harto habia edificado y humillado, para que no se desvaneciesen sus monges, le rogó que los encomendase á Dios, y se volviese á su lugar; y así lo hizo.

Vino á él una vez un clérigo de misa, que estaba con un cáncer en la cabeza, tan disforme, que se la comia toda, y se descubria el casco, para pedirle que se apiadase de él, y le otorgase la salud. El Santo no lo quiso hacer, ni aun hablarle. Hallóse allí Paladio, que es el que lo escribe, y suplicóle que tuviese lástima de aquel pobre hombre, y que á lo menos le diese buena respuesta. Declaró el Santo que aquel cáncer era castigo de Dios; porque habiendo caido en fornicación el clérigo, se habia llegado al altar y dicho misa, sin hacer primero penitencia, y que si él queria abstenerse de allí adelante de decir misa en pena de su culpa, Dios le sanaria. Todo lo que quiso S. Macario abrazó y prometió el clérigo; y el Santo puso sobre él sus manos, y dentro de pocos dias le envió sano á su casa: para que entendamos el rigor con que nuestro Señor castiga á los que con el corazón amancillado y sucio se llegan á él, y que muchas veces las enfermedades, que pensamos venarnos acaso, nacen y tienen su raíz y principio en el pecado.

Tentóle una vez el demonio de vanagloria, persuadiéndole